

Quasimodo y las bocas calladas

“Como hombre de cultura no tengo tiempo para inmiscuirme en política, nunca escribo ‘poesía política’ y no comprendo por qué deben insertarse en la poesía los valores ideológicos.”

“Lo que quiero es simplemente una especie de justicia civil, como todos los poetas debieran querer. Estoy en favor de la libertad. Los escritores rusos, por ejemplo, tienen los mismos problemas intelectuales que confrontan los poetas occidentales.” (*La Prensa*, 23-X-59.)

Estas palabras muy bien podrían ser atribuidas a la casi totalidad de los poetas contemporáneos, a cualquiera de esos hombres que laboriosamente ordenan una letra tras otra, en columnas regulares o con sugestivos recovecos, con o sin signos de puntuación, con o sin grafía, según convenciones o su violenta ruptura. Si el primer párrafo se halla en la base de una discusión que la mayoría de los poetas resuelve en el sentido expresado, puesto que además la plantea en los términos de un dilema a dos puntas, el segundo suscribe las inclinaciones de ciertos espíritus bien dispuestos que parecen haber descubierto que en el círculo de la “literatura” todos somos buenos amigos.

Sin embargo pertenecen a un poeta italiano que las crónicas periodísticas, con pegajosa insistencia, califican de izquierdista: Salvatore Quasimodo, premio Nobel de literatura de 1959. Estos hechos si contradictorios, lo son sólo en apariencia. Veamos.

Primero, los diarios dan sus razones: cuando Pasternak declinó el premio Nobel, Quasimodo estaba en Moscú y apoyó las críticas que se le hacían en el sentido de que “es un escritor burgués que vive como un lord” (un acierto suyo: “Pasternak es un poeta burgués, de los días de Chejov, y cuarenta años detrás del público ruso actual y sus tendencias”); a raíz del lanzamiento del primer Sputnik elogió a los científicos soviéticos, recibiendo del sindicato de escritores una réplica enchapada en oro del satélite artificial; con el mismo motivo publicó una oda sobre *La nueva luna* (“Al principio Dios creó el cielo y la tierra / y después, el mismo día también / puso en el cielo las estrellas / y al séptimo día descansó. / Millares de años después / el hombre, hecho a su imagen y se-

mejanza, / sin nunca descansar, / con su laica inteligencia, / sin temores en el cielo sereno / de una noche de octubre puso otras estrellas / iguales a las que giraban / desde la creación del mundo. Amén.”), que hoy reproduce irónicamente *L'Observatore Romano*, vocero del Vaticano, al tiempo que acusa a Quasimodo de “ferviente colaborador” de publicaciones fascistas (demás está decir que este tipo de denuncias uterinas se destruyen por sí solas); por último, al finalizar la guerra se afilió al Partido Comunista italiano y ocupó un alto cargo en la junta directiva de los Partidos de la Paz, aunque renunció a ambas organizaciones pocos meses después porque “quería mi libertad y no limitaré mis actividades al campo político”. Estos son los disparos de más calibre con los que se autopreviene nuestra prensa seria, son los que preocupan su sana objetividad, los que turban la paz de sus servicios culturales.

Pero he aquí que la tranquilidad es devuelta a los buenos espíritus por obra y gracia de la poesía. Así encuentran en la de Quasimodo “exquisitos cuadros que trascienden una delicadeza y elegancia arcaicas, de encanto vagamente prerrafaelista” (Ricardo Molina), o se alegran porque “él no ha cedido nunca a la imposición de los temas nuevos, permaneciendo fiel a la sugestión crítica” (Carlo Bo), o saludan al “poeta de la luz mediterránea, pleno de misterios” (en *Le Monde*). El Secretario de la Academia Sueca, doctor Anders Oesterling, por ejemplo, destaca que su poesía tiene como nota básica “una piedad cristiana, en la cual el momento supremo adquiere alcances universales”. Y en una línea semejante podríamos continuar o, simplemente, poner punto final a la serie con esta afirmación crédula y “espiritual” del mismo Quasimodo al conocer la decisión de la Academia: “La poesía constituye una prueba de confianza en los valores espirituales del mundo contemporáneo” (*La Razón*, 23-X-59). Ya pueden ir a reposar tranquilas las conciencias en invierno. Que duerman.

Pero tienen sueños raros. Un rojo estallido azul, un tirabuzón con pies de pólvora, un violento zarpazo color sangre las sacude. Quasimodo reclama “un día, un solo día para nosotros, ¡oh patrones de la tierra!, antes que otra vez redoblen el aire y el hierro y que una granada nos queme en plena frente”; o abrumado ve “día tras día: palabras malditas, sangre, oro. / Os reconozco, hermanos míos, monstruos de la tierra. / Bajo vuestra mordedura ha caído la piedad / y la cruz gentil nos ha abandonado. / Y ya no podré retornar más a mi Edén.”

Estas idas y venidas, este oscilar entre el paraíso y los fuegos de metralla se puede describir; e intentar luego una comprensión global del esfuerzo de Quasimodo, que establezca *hacia* donde y *hasta* donde va.

Conviene repasar brevemente su biografía: nace en Siracusa el 20 de agosto de 1901. A los veinte años estudia en la Universidad Politécnica de Roma, que abandona antes de graduarse de ingeniero. Durante unos

diez años se gana la vida como funcionario de obras públicas en varias ciudades italianas. Luego se establece en Milán, donde actualmente es profesor de literatura del Conservatorio de Música. Sus obras: *Agua y tierra*, 1930; *Oboe sumergido*, 1933; *Olor de eucalipto y otros versos*, 1933; *Erato y Apollón*, 1936; todos recogidos en *Poesía*, 1938; *De pronto es noche*, 1942; *Con el pie extranjero sobre el corazón*, 1946; *Día tras día*, 1947; *La vida no es sueño*, 1949; *El falso verde y el real*, 1956; y *La tierra sin igual*, 1959; sin excluir sus traducciones: de Homero y Sófocles a Neruda y Cummings. Los críticos, en consecuencia, lo señalan hoy, junto a Ungaretti, Montale y Saba, como uno de "los cuatro pilares de la poesía italiana actual"; aunque no faltan las notas discordantes, Ungaretti no está contento: han otorgado el premio al más mediocre de los poetas italianos". *

De esta relación poco aprendemos; falta decir ese hueco de horror que un día se abrió sobre el poeta enmudeciéndolo (Y cómo habíamos de cantar, / el pie extranjero sobre el corazón, / entre los muertos abandonados en las plazas / sobre la hierba endurecida por el hielo, / bajo el balido de los niños, / bajo el aullido negro de la madre / que andaba tras el hijo crucificado / sobre el poste del telégrafo?). En el centro de esa vida tocada de lírica "traslúcida y musical" estalla una granada: manos amontonadas junto a un charco sangriento en las calles, manos hechas astillas de huesos, manos agarrotadas, sin dueños. Negras alas de buitres, negras, negras sombras oscurecen los cielo europeos. Un manto de silencio se extiende sobre la dulce Italia. La voz segura de Mussolini cede a la inseguridad del hambre y el terror. La muerte de vaporosos tules cenicientos, largamente recordada, da paso, ante las miserables muertes diarias de los hombres, a un firme deseo de perpetuar y defender la vida. Y entonces los ronroneos poéticos del hermetismo, esas extravagancias de melancólicos que sustituyeron la retórica dannunziana, dejan de escucharse: nada les queda por hacer ante los cadáveres colgados, cabeza abajo, del cobertizo de un surtidor de nafta en la plaza Loreta de Milán el 29 de abril de 1945. Se produce entonces una "dramática destrucción de los «contenidos» heredados de un indiferente idealismo. El poeta se encontró de improviso arrojado de su historia interna: en la

* Aclaremos aquí que esta crónica pretende cualquier cosa menos ser una nota erudita. Creemos que los datos consignados son ciertos, pero cabe la posibilidad de lo contrario, pues nos hemos valido quizá con exceso de las crónicas periodísticas; señalamos entre ellas el artículo de Angel Rama, aparecido en *Marcha*, año XXI, núm. 983, y el de Attilio Dabini en *Tarea Universitaria*, año I, núm. 4. De todas maneras, uno o dos datos equivocados no llegarían a invalidar el sentido general de la apreciación, que es el que nos importa.

Dato seguro: a partir de diciembre estará en venta la *Obra completa* de Quasimodo (Sur, edición bilingüe, 420 pp.). Y otro interesante: Quasimodo ha cedido los derechos de algunas de sus obras al autor de *Volare*, Domenico Modugno, para que les ponga música y las lance a la calle.

guerra su inteligencia particular tenía el mismo valor que la proletaria y colectiva que sabía o no contar los peces del milagro cristiano. El problema del «por qué» de la vida se transformó en el de «cómo» se vive, o, mejor, en el de «por qué» se vive de un determinado modo más que de un otro que cultiva la muerte como la protagonista de la ilimitada consolación” (de la intervención de Quasimodo en el coloquio internacional entre poetas soviéticos e italianos, Roma, 1957). “Quasimodo ve en 1945 la *ruptura* con toda una tradición formalista y humanista de poesía, con el petrarquismo, con la Arcadia, con aquello que llama despectivamente «extremo antro pastoral de fonemas métricos». Y para mejor explicar el momento recuerda, en los albores de la poesía italiana, en el siglo XIII, la «condición de ruptura de la escuela siciliana» con respecto a «la escuela provenzal, que era otra Arcadia». (...) Pero a la vez que señala tal ruptura y tal inminencia, halla e indica, dentro de la poesía italiana, la tradición a seguir: es la de Dante, de Foscolo, de Leopardi, que «escribieron poesías sociales, poesías necesarias en un momento dado de la civilización» (DABINI). Cierta es esta quiebra: su pasaje del hermetismo (al que otros se aferran, como el gastado Ungaretti) al realismo, nombre bajo el cual él mismo encuadra su producción actual, su “poesía social”. Cierta también esa nota unitaria que los críticos descubren en ambos períodos, y que tratan de definir hablando de “clasicismo”, de “lirica contención”, de “equilibrio interior”, etc. E igualmente cierta la afirmación de que “Quasimodo representa con su obra un proceso evolutivo que puede considerarse, síntesis y ejemplo de algo que se encuentra en la mayoría de las literaturas de hoy: ha cumplido un camino, un gradual pasaje de los motivos y formas de la creación poética, que puede registrarse de modo similar en la obra de un Neruda o un Drummond de Andrade en América, de un Aragón en Francia, de un Mac Leish en Estados Unidos. Ese proceso por el cual un poeta descubre progresivamente la comunidad que integra, la que le ofrece la respuesta que en su subjetivismo inicial no era más que un eco mecánico” (RAMA). Es por eso que Quasimodo se niega hoy el derecho a “escribir idilios u horóscopos”. “Habría que preguntarse —dice— hasta cuándo el poeta moderno continuará leyendo a los demás una historia común de su propio corazón, de su propia desesperación y esperanza, y si los elementos instrumentales y estructurales que posee le permiten consagrarse a los ejercicios sobre su propia alma cuando el mundo es ya indiferente a su coloquio.”

En un todo de acuerdo. Pero yo me pregunto: ¿cuál es el límite de esa transformación para Quasimodo?, ¿cuál para nosotros?

Repitamos la descripción: Quasimodo nace bajo el signo del “superhombre” y sus arrogantes y empalagosas gesticulaciones, contra él afirma un individualismo menos notorio, más cuidado, cuyos frutos no

tienen la difusión de los alardes dannunzianos, ni el estridente *Zang-tumb-tumb* futurista, que bulle en el multicolor, frágil e impreciso mundo de las sensaciones; mas un individualismo igualmente dueño de sí, confiado en los beneficios de su existencia, atento a las evoluciones del decir poético, pero desatento con respecto a quienes escuchan ese decir o a quienes *pueden* escucharlo. En otras palabras, su poesía hermética, desconoce si conserva algún valor fuera del que le asignan los manuales de literatura, es ignorancia. Esa etapa sólo nos interesará en la medida en que no escapemos al placer de las combinaciones sonoras y a ciertos hábiles juegos de palabras, que a veces lo son también conceptuales. 1942: *De pronto es noche*, Europa se agita como un volcán. La miseria suprime metáforas. Una bayoneta atravesándonos el vientre nos barre con escasa melancolía. Quasimodo advierte que “ya era tiempo, huíd / sombras de sangre, / hilos de estrella, retroceder al paso de los pasos humanos / y alejad de mis pies la negra sombra! / Yo de los hombres tengo la misma mano herida, / yo sostengo la misma copa roja / e igual ‘asombro enfurecido” (NERUDA). Desde entonces su interés por la acción política, ya propugnando una directa participación del escritor en la misma, ya haciendo declaraciones que, como la citada al comienzo de esta nota, bregan por una solución de “buena voluntad”. Y unido a este interés el afán de renovar su poesía: desecha la lírica y se exige una “dramática o épica en sentido moderno”; aplica su indudable capacidad expresiva al tratamiento de temas menos preciosistas, menos cuidados de la intimidad del poeta y más arraigados en experiencias de carácter colectivo; sostiene el valor de los “contenidos” poéticos antes que ningún otro. De *aquella fresca dama recostada entre las flores* al reconocimiento de sus *viles y taciturnos camaradas* ha dado evidentemente un paso. Y bien, se hace sospechoso. Mas no rompe la red como para lanzar tras de sí a la jauría. Adquiere un tufo desagradable, que repele a los llorones empedernidos, a los cirios chupa tinta, a los alcahuetes de la miseria organizada, pero que permite a la Academia Sueca jugar su hábil política de balanzas, sin hesitaciones. Quasimodo no ha hecho estallar con su palabra las polvorientas sonrisas de los académicos, que si sintieron alguna molestia lograron superarla en aras del espíritu de justicia. Apollinaire, Maiacovski, Brecht, Eluard, Neruda, Hikmet no han recibido y, salvo revolución, no recibirán el Premio Nobel. Quasimodo sí. Porque, fiel en esto a su idealismo inicial, no cuestiona su poesía en tanto tal: habiendo enterrado los “coloquios del alma”, no trastrueca los elementos tradicionales de ese decir sino que los adapta, buscando a partir de ellos una salida que rechace su intimismo anterior y le permita, mediante contenidos vigentes, una mayor comunicación con sus lectores. Sus aciertos en tal sentido son innegables; y por ellos ese duro timbre de voz italiana nos parece uno de los más correctos, combati- vos e interesantes de la literatura europea actual. En resumen, un hombre

que siente el resquebrajamiento de la sociedad burguesa y que en consecuencia adopta posiciones políticas de izquierda e intenta no hacer de su obra escrita letra muerta, pero que con todo no comprende que escindiendo política y cultura y apelando a la buena conciencia de brazos abiertos, a los valores espirituales y a otras dignidades soberanas sigue apoyando los mitos de una sociedad cuyas honorabilidades son espectros: ciénaga del engaño, la explotación, la miseria presente y los ensueños realizados bajo tumba. Quasimodo puede comprender que frente a ella no hay dilaciones, ni disculpas, ni subterfugios valederos, que refugiarse en la "cultura" es una inmundicia, que hablar con el estómago completo de libertad cuando bien sabemos que sólo rige la "libertad ilimitada de comerciar", como nos lo recordó el *Manifiesto Comunista*, es bromear con el hambre de los otros.

Recordemos entonces, brevemente, que hoy la poesía —como las demás artes— sufre una agudísima crisis debida, entre otros factores concurrentes, a que sus estructuras de lenguaje ya no pueden testimoniar acerca de una sociedad que las siente inertes, pues sus bases económicasociales se modifican con un ritmo mucho más acelerado que el de esas estructuras, y a que, por otra parte, no existe para ellas comparación posible con las transformaciones habidas en el orden científico. Más aún, la poesía ha quedado postergada no sólo con respecto a otros niveles de la actividad humana sino que incluso nuevas formas de arte —el cine en primer lugar— responden con mayor precisión a las exigencias de la hora actual. Para salir de una situación semejante es necesario realizar una poesía popular, desmistificadora, que actualice sus estructuras objetivas hasta quebrar esos encantos a dúo ya intolerables. Y al decir popular estamos diciendo que hay miles y miles de bocas que no nos escuchan, miles y miles de bocas hambrientas, calladas. Que entre nosotros y los hombres que no leen se abre una profundísima, aterradora grieta. Un abismo sin fondo, sin eco. Y que la poesía yace del lado de la pasividad correcta y sonora. Y que justamente para destruir esa infamia es necesario luchar sin retacear una sola arma, un solo aliento, una sola palabra.